

Boletín del grupo

SINDICAL SOCIALISTA DE SEGUROS



Madrid, febrero de 1937

Grupos

Sindicales

En el orden de los problemas que hoy ocupan el primer plano de la vida española, figuran, entre otros, las actuaciones sindicales. Y dentro de éstas, las fuerzas orientadoras que les dan impulso: los Grupos Sindicales.

Es un problema arduo que nosotros, de antiguo, hemos resuelto.

Los Grupos Sindicales Socialistas, creados a raíz de la constitución de los Sindicatos en general, durante el transcurso de la actuación de éstos, han funcionado dirigiendo toda su actividad a la orientación social y política de sus respectivas agrupaciones. ¿Lo han conseguido? Absolutamente, respondemos. Los Grupos Sindicales, y en particular el Grupo Sindical Socialista de Seguros, tienen en su haber la iniciación de la mayor parte de los problemas profesionales, políticos y sindicales que las agrupaciones se han planteado y resuelto. Las normas de los Grupos Socialistas, como todos sabemos, han ido siempre encaminadas al fin primordial que todos los marxistas perseguimos: la preparación espiritual y material de los trabajadores, como clase que ha de ocupar el puesto primordial en la dirección económica del país.

El Grupo Socialista de Seguros ha respondido siempre a las demandas de la lucha clasista española; ha formado sus hombres, midiéndolos y valorándolos en los diferentes períodos políticos que la revolución democrática española planteaba al Sindicato. De este sistema educativo ha surgido todo lo que nuestro Sindicato es hoy: una organización capacitada social y profesionalmente para cumplir su misión en el nuevo orden de vida que la clase proletaria tiene ante sí.

Pero el trabajo de nuestro Grupo no ha terminado: comienza ahora con nuevas perspectivas. La clase trabajadora española está atravesando el momento decisivo de su vida. La guerra habla y nosotros debemos escuchar con nuestra conciencia de clase. No basta que nuestro Grupo, cuando estalló el movimiento rebelde, respondiendo a la consigna de la Unión de Grupos Sindicales Socialistas, haya dado sus mejores elementos para la lucha en las trincheras. No basta que en la retaguardia cumpla también su misión. No. A pesar de que esto es mucho, necesitamos más. Necesitamos que todos nosotros, en las trincheras y en la retaguardia, complementemos, unánimes, nuestra labor. Necesitamos que todos nuestros afiliados se capaciten y trabajen militar, política y profesionalmente para, juntamente con nuestros hermanos de clase, poder responder a la esperanza que el mundo tiene puesta en los trabajadores españoles: aniquilar al fascismo y mantener en alto la bandera de la Libertad y la Justicia.

Lamentación

En el último número del Boletín de O. S. R., y comentando la actuación de la Junta Directiva, se afirma que los préstamos para el pago de nóminas al personal de las entidades carentes de fondos, la suspensión de la cuota extraordinaria y la creación de la Cooperativa de consumos, son iniciativas y proposiciones del citado grupo de O. S. R.

A los camaradas que en Junta Directiva representan al citado organismo, les consta que no fueron ellos los que lanzaron tales proposiciones; pero no es hora, ni mucho menos, de hacer bandera de los éxitos en tanto se cargan los fracasos o torpezas a la cuenta del contrario. Cuando los organismos superiores de los respectivos Partidos realizan una labor de acercamiento para sentar las bases que hagan posible la unidad, es lamentable que se dificulte, aun inconscientemente, el camino a recorrer para su labor.

Aparte de lo antes dicho, no puede llamarse colaboración en una obra común aquella que tiende a insinuar la labor de un colaborador leal como nula o contraproducente, desprestigiando al propio tiempo a la Junta Directiva.

¡Cordialidad! Nosotros, Grupo Sindical Socialista, la entendemos y la practicamos aunando voluntades y sumando esfuerzos a la causa común, sin pregonar que somos la vanguardia, pero procurando ocuparla en unión de los que sean capaces de sacrificar al ideal los particularismos.

No quisiéramos volver a lanzar quejas, y nos satisfaría bastante celebrar, en bien de la causa, la desaparición de todo cuanto suponga la supervivencia de desconfianzas y recelos.

¿Emulación?

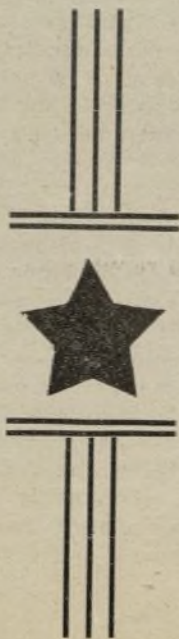
Dícese que el mundo está lleno de buenas intenciones, pero del dicho al hecho...

Muchas veces se piensa: «Yo haría tal cosa». ¿Por qué no proponer tal otra? Pero resulta que todo eso no pasa de ser un sueño en la mayoría de los casos. Sin embargo, un buen día nos enteramos de que alguien ha propuesto y conseguido algunas mejoras, dentro de las Organizaciones, que benefician a los compañeros de clase. Y entonces, recordamos aquel sueño y aquel pensamiento de «yo haría tal cosa» y ¿por qué no proponer tal otra?, nos llegamos a imaginar que, en efecto, los autores de ese sueño y la otra proposición hemos sido nosotros y no los compañeros menos soñadores, pero desde luego no avisados. Y en nuestra ilusión—la del sueño, claro—nos atrevemos a sostener que la iniciación de esa idea nos corresponde.

Bien sabemos que el sonambulismo es una enfermedad; pero, así y todo, es preciso advertir que el sonámbulo llega a despertar, y entonces la desilusión de la realidad es en extremo decepcionante.

Porque, contar un sueño y que al final no sea sino eso, un sueño, debe ser un desencanto, ya que nada que viva de realidades y esté a ras de tierra puede creer en esos extravíos del espíritu.

Ahora bien, si lo que fué un sueño se aplica como estímulo y en la promesa de no volver a soñar, dejaremos que se aplique para, en otra ocasión, poder aplaudir iniciativas que, por esta vez, no han correspondido.



¿Hasta dónde deben llegar los trabajos que hagan para el logro de la unificación?

Deben llegar exactamente hasta donde han llegado en sus gestiones los representantes nacionales de ambos Partidos. Es decir, ultimar toda la labor preparatoria, hacer una profunda campaña para que la unificación no sea un compromiso puramente formal, sino que responda, en efecto, a una lealtad absoluta entre los militantes comunistas y socialistas. Limpiar por completo las diferencias creadas en esta lucha divergente que hemos dejado tras de nosotros. Dar a las Organizaciones la sensación de que estamos unidos, no ya por una exigencia histórica de este momento, sino por una fraternidad y una concidencia plena.

(Palabras de González Peña)

Salud, camaradas

Salí a la luz este primer número de nuestro Boletín modestamente, con toda esa modestia que caracteriza todos nuestros actos, en unos momentos de máxima trascendencia histórica para la causa mundial de los trabajadores.

La necesidad de ponernos en contacto con nuestros compañeros por este procedimiento escrito verbalmente siempre lo estuvimos—la sentíamos ya mucho tiempo; pero hasta ahora no nos fué posible restar a nuestras actividades el tiempo, aunque muy breve, necesario para confeccionar esta humilde hoja impresa, en la que pondremos todo nuestro entusiasmo para lograr llegue a ser el órgano de nuestros afiliados, exponente de sus ideales e iniciador y defensor de todos sus derechos.

En estos momentos graves, en que la literatura queda reducida a la sobria prosa de los partes de guerra, no cometeremos la puerilidad de extenderla en trabajos doctrinales, para cuya lectura se precisa una serena meditación, de que hoy carecemos todos. Queremos limitarnos tan sólo a tratar aquellas cuestiones del momento que vayan relacionadas con la única preocupación que debe prevalecer sobre todas las demás, sin dejar de reconocer que serán muchas las que quedarán para más tarde:

la guerra. Para acortar su terminación y lograr nuestra victoria consideramos pequeños cuantos sacrificios se nos impongan, y continuaremos cada uno en nuestro puesto, cada día con más fe en el triunfo, cada hora con más ardor para la lucha, cada minuto con más férrea disciplina. He ahí los tres puntos fundamentales para conseguir la victoria. De su observancia depende todo, no lo olvidemos.

Y tampoco podemos olvidar que si en el seno de todas las familias existen pequeñas divergencias que motivan momentáneos apartamientos de sus miembros, un gran dolor o una gran alegría que afecte a la colectividad, los une más estrechamente que antes de producirse aquéllas pudieran estar. A la gran familia proletaria nos ha unido, primero el inmenso dolor de esta guerra cruel y sangrienta; después nos unirá, más si cabe, la gran alegría de la victoria. ¿Podremos acaso volver a separarnos alguna vez? No, ya lo saben ellos, los otros, y por eso prevén la catástrofe que se les avecina.

De nuestra unión inquebrantable saldrá su derrota definitiva, porque ellos, además, ni han estado ni están más convencidos de ello que en este momento que nos contemplan unidos codo con codo.

Seguro y Previsión? - Guerra

Todo es superficial en los momentos que atravesamos, si no lleva en sí el ideario y cuestiones que circunstancialmente atraen la atención del pueblo.

Teníamos idea de ocuparnos del Seguro en sus diferentes aspectos, y de la Previsión como base a edificar en nuevo Seguro, con normas fundadas en la cooperación mutua que facilite asegurar el bienestar colectivo, en plan social, sin grandes tecnicismos, con apreciaciones sencillas, claras y sintéticas, apartándonos de prejuicios, permitirían una mejor administración, pero recordando la reacción por nuestro Sindicato de una entidad autónoma encargada de la recopilación y estudios de estas cuestiones, la designación de algunos compañeros al efecto y las circunstancias en que vive nuestra patria, etc., etc., estimamos más oportuno dejar el tema para una ocasión más adecuada, a fin de salir al paso de la actualidad: la guerra.

La terrible lucha, la aniquiladora contienda que en nuestro querido suelo, es algo incalificable, en sus aspectos y matices que la calificación y la clasificación de lo que ocurre no puede hacerse sin un análisis detenido, no obstante la sencillez del

problema. Es, de una parte, la eterna ley del embudo, «cuando yo gano, todo es legal», y cuando pierdo, «es que todo lo que hacéis es con trampas», y, de otra, el egoísmo y prejuicio de los Gobiernos burgueses, aun cuando sean de naciones demócratas, que por miedo a la evolución y terror al soviét y comunismo, llegan a ver y tolerar a su verdadero enemigo el fascismo, sin apreciar que los traidores en España se alzaron contra un Gobierno de su tipo, en una República democrática, que tenía como programa uno que utilizó el Frente Popular en las elecciones celebradas el 16 de febrero de 1936, y que su redacción se debe a un republicano nacional gubernamental.

No entra en nuestra idea tratar de asuntos generales, conocidos por la Prensa, y sí afirmar que las cuestiones profesionales han de sufrir un compás de espera, mientras la guerra en nuestro suelo lo imponga, si bien en este lapso de tiempo, los que estamos en retaguardia podemos trabajar y luchar por la unión sindical, por el engrandecimiento y fortaleza del Partido Socialista y por el triunfo en la guerra, hasta la victoria del Gobierno legítimo de la República española, que no es otra cosa que la victoria del pueblo.

M A D R I D

Un símbolo: MADRID. Un pueblo que se ha puesto a la cabeza de los pueblos heroicos: Madrid. La ciudad admiración del mundo por su coraje en la defensa y por su indiferencia ante la proximidad del enemigo. Todo esto es Madrid. Pues bien, madrileños, «ahora se nos brinda la ocasión de ganarnos un título heroico más». Para ello también tenemos el motivo: la evacuación. Manos a la obra.

Es innegable que hasta ahora existe una resistencia suicida al acatamiento de la orden recientemente dada por la Junta Delegada de Defensa, haciendo obligatoria la salida de Madrid a toda aquella persona que por sus condiciones o edad no preste ningún servicio de guerra. El motivo que la mayoría alega es puro sentimentalismo, que en estas ocasiones, y por doloroso que sea, no se puede tomar en consideración.

Y es ahora, compañeros, precisamente cuando empieza nuestra labor. Es necesario llevar al convencimiento de nuestras familias, de nuestras amistades y de nuestros compañeros, la obligación que tienen de salir de Madrid, haciéndoles ver que con ello coadyuvan al triunfo de la causa, puesto que pro-

porcionan un bien moral y material a los que las trincheras defienden nuestro querido pueblo a los que por sus servicios han de quedar en él. Decimos que es preciso llevarles a este convencimiento, porque estamos seguros de que nuestras heroicas mujeres, que tantas pruebas nos han dado de su disciplina, serán las primeras en acatar la disposición de la Junta Delegada, si nosotros sabemos resaltar ante sus ojos el gran servicio que prestarían para el aplastamiento total del fascismo. Tened la evidencia, compañeros, de que aquellas madres que sacrificaron sus hijos, que aquellas mujeres que no dudaron en separarse de sus compañeros, no dudarán tampoco en este momento en abandonar Madrid, donde durante seis meses las hemos tenido bajo su metralla los aviones de los mercedarios fascistas.

Consigamos esto, camaradas, y tendremos derecho a que cuando se desee citar un pueblo heroico entre los más heroicos, un pueblo disciplinado, eficiente y con sublime espíritu de sacrificio, acudan las mentes, aun a través de los siglos, un nombre glorioso: MADRID.

De la disciplina

«... Eso de la disciplina... Sí, eso de la disciplina es tema que conviene tratar muy en serio. Tan en serio como lo hemos tratado nosotros antes de ahora y como empiezan a tratarlo—ya era tiempo—otros que alguna vez, y aun en muchas, se permitieron la licencia de mofarse de nuestras palabras. Ahora ya parece ser que entre las virtudes revolucionarias—entiéndase bien, las auténticamente revolucionarias—empieza a contar esa: la de la disciplina, que no es pura invención ni caprichoso artilugio al cual nos hallamos acogidos para refrenar tales o cuales impulsos o para conservar tal o cual hegemonía política o sindical. Felicitémonos de que la idea, tan vieja como nuestra organización—y acaso por ello tan olvidada muchas veces—recupere sus fueros. Ya va siendo ocasión de que los indisciplinados se disciplinen. O de que los obliguemos a disciplinarse; que es una necesidad imperiosa cuando la persuasión no basta para lograr el intento. Disciplina absoluta en cada partido político, en cada sindicato, en cada organización. Disciplina de todos—hombres y colectividades—en el acatamiento de aquellas obligaciones que nos son comunes. Subrayemos de nuevo, atendiendo a las voces que refleja la Prensa, y

de un modo especial la Prensa de carácter obrero, la unanimidad que, en torno a la necesidad de una disciplina rigurosa, hemos conseguido alcanzar. Es poco, ciertamente, haber llegado a esa identificación de criterios en tema de tanto fundamento. Sobre todo si alguno de los que propugnan con mayor apremio la disciplina de los demás se acuerda como parece natural, de la disciplina que se demandan a sí mismos y, por consecuencia, a su Partido. Esa es la manera de dar ejemplo. Y no se piense que nosotros por encima de nuestra pasión de Partido tenemos alguna otra que se nos presente como superior. Al contrario, hemos predicado y estamos predicando con la conducta, a veces con sacrificio muy duro, casi siempre sin que se agradezca ni se comprenda nuestra actitud. Somos hombres de Partido, comprometidos hoy con más fuerza que nunca al que representamos, y cuyos títulos, lejos de aminorarse, se han ganado en validez desde que la guerra dió comienzo. Pero justamente esa pasión de Partido—que a nadie le reprochamos, sino al revés—es la que nos hace desear con más empeño que el nuestro sea en la hora de cumplir un deber, el primero.

El Partido, como tal, en primer término. Sus

¡Salvad a los niños!

Aun cuando sea un tema ya muy tratado, no debemos cejar en nuestro empeño de colaborar con todo ardor en la total evacuación de la población infantil.

Estos niños, que han de ser la juventud triunfante del mañana, absorbieron toda nuestra atención desde el comienzo de la criminal militarada, y lo prueba las disposiciones de nuestra Junta Directiva, en virtud de las cuales la mayoría de los hijos de nuestros compañeros se encuentran alejados del teatro de la contienda.

Hay otra razón en la que nos fundamos para argumentar esta tesis: las guarderías infantiles. Estos Centros tuvieron, en principio, una razón de ser en nuestra capital: la de acometer la ardua y hermosa labor de cuidar con todo cariño a los hijos de los que, con un elevado sentido de la moral y de la dignidad, están luchando denodadamente en los frentes de batalla por el total exterminio de la bestia fascista y por ofrecer, no ya a Europa, sino al mundo entero, las bases de una nueva vida más justa y libre de todo prejuicio burgués y clerical. Pues bien; esa labor se llevó a cabo y nuestros camaradas pudieron ir a luchar en defensa de la causa antifascista, sin la preocupación consiguiente de dejar desamparados sus seres queridos.

Pero a los cuatro meses de guerra civil vino a dar al traste con esta organización un hecho amargo: la proximidad del enemigo ante Madrid. Fué entonces cuando la Junta Delegada de Defensa, con muy buen acierto, dió la orden de evacuación de la población infantil, y estas Instituciones, en el cumplimiento de su obligación, organizaron inmediatamente expediciones a las zonas leales al Gobierno de la República, bajo la dirección de la Casa-Cuna, que, eficazmente y con un desinterés digno del ma-

yor encomio, cooperó a tan humanitaria y magnífica labor, pudiendo decirse—sin temor a equivocación—que el número de niños acogidos en estos Centros en la actualidad es escasísimo.

Ahora bien; ¿puede decirse lo mismo de las restantes madres, que habiendo tenido hasta ahora los hijos en sus casas, se resisten a cumplir esa orden por un cariño mal entendido? Desgraciadamente, no. Al corazón de esas madres queremos llegar con este escrito, para hacerles ver en el tremendo error en que están incurriendo, y más que error—¿por qué no decirlo?—, en el más espantoso de los suicidios.

¡Madres de los futuros hombres del porvenir! ¿No os remordería la conciencia el día de mañana tener que llorar una pérdida, que por vuestra previsión hubiera podido evitarse?

Ved cómo a diario son ametralladas inocentes criaturas por los que llámanse seguidores de la doctrina de aquel hombre que dijo: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Pensad por un momento que por vuestra actitud no solamente no facilitáis la labor de nuestra Junta Delegada, sino que, aparte de que exponéis a vuestros hijos a una muerte cierta, restáis a la causa de la Revolución verdaderos hombres que, en fecha no muy lejana, pueden ser utilísimos para la edificación socialista de nuestra patria.

Reflexionad bien sobre esto, camaradas, y vosotros que habéis dado siempre muestras de capacidad y espíritu de sacrificio, no vacilaréis en demostrarlo una vez más alejando a vuestros hijos del peligro. Lo contrario no solamente sería impropio de una buena madre, sino que incurriríais en una grave responsabilidad de la cual os pediría cuentas en su día la nueva sociedad que se está forjando.

«Todo lo que signifique querer interponerse en ciertos momentos en la acción del Gobierno, se convierte en un acto faccioso que ayuda al enemigo»

(Palabras de Largo Caballero)

stantes, obedientes a la consigna colectiva, después. Desde ese punto de vista hablamos siempre que nos referimos a la disciplina. Desde ese punto de vista convendrá que examinen todos el problema si de una vez queremos liquidarlo. Porque es fácil llegar a una coincidencia verbal que se traduzca, por ejemplo, en las firmas estampadas al pie de un manifiesto o en las recomendaciones de un editorial periodístico. Demasiado fácil, pero ocioso completamente

si no se traduce en hechos concretos e inmediatos. La disciplina vive de realidades, no de apelaciones retóricas. Y ya pueden suscribirse manifiestos y lanzarse consignas—con pocas y bien claras, bastaban—, si en el instante de interpretar los unos y cumplir las otras, cada cual hacemos de nuestra capa un sayo y de nuestra voluntad una ley.»

(De *El Socialista*.)

UN TRIUNFO Y UN EJEMPLO

El Socialista ha estrenado su rotativa. No hay que decirlo de otro modo: su rotativa. Pocas veces un periódico podrá enorgullecerse tan legítimamente de la posesión de una gran máquina como merece hacerlo el gran diario de los obreros socialistas.

Es bastante más que una máquina lo que ha estrenado *El Socialista*. Es un poderoso instrumento de trabajo y al mismo tiempo un ejemplo, un símbolo de la fuerza creadora del trabajo. Su rotativa es—permítasenos la imagen—el mejor número que ha editado *El Socialista*.

Nació, como todas las cosas grandes, de unas palabras: que el verbo es siempre lo primero, como las ideas son las matrices en que se engendran los hechos. Unas palabras en la primera plana de *El Socialista* fueron la semilla que había, con el tiempo, de cuajar en el fruto de esta espléndida rotativa recién estrenada.

Luchaba el colega con la penuria de sus medios materiales. Sus máquinas no podían saciar la demanda creciente de ejemplares. No era sólo el de la limitación del negocio editorial el perjuicio. *El Socialista*, más que una industria, era un instrumento de propaganda, un arma siempre aguzada en la defensa de la causa proletaria. La posibilidad de aumentar su difusión implicaba la intensificación de la cruzada ideológica.

El Socialista necesitaba una rotativa, y como tras su título no se agazapaban mercaderes ni empresarios, para tener su máquina el periódico—orgulloso de su limpia pobreza—no tenía más que un recurso: pedirse a sus lectores, a su público, trabajador y pobre también. En las columnas de *El Socialista* se inició la suscripción para la rotativa. Fluyeron los donativos: la peseta que el obrero mermaba a su jornal, el óbolo de la Sociedad de trabajadores, que tenía en su diario espejo y guía. Tardóse tiempo: el dinero del trabajo nace lento, al ritmo penoso y abnegado del esfuerzo diario.

Al cabo se ha cumplido la obra. La rotativa de *El Socialista* vibra ya jubilosa. El suceso, que en otro momento hubiera sido una fiesta solemne, se ha realizado con la austeridad que la guerra nos impone a todos. Apenas un leve aumento en el número de páginas ha celebrado el estreno. No ha podido asistir a él la mayoría de los hombres que con más entusiasmo, con más fervor, anhelaron la máquina. El vendaval de la guerra los ha esparcido en puestos de responsabilidad y de peligro. Muchos de los que dieron su óbolo para comprar la máquina han dado ya también su sangre por la idea, de la que esa máquina será instrumento difusor.

Noble el empeño, trabajoso el logro, justo el orgullo de haberle dado cima. He ahí una máquina forjada, conseguida por la aportación de todos, por la contribución de los afines, de los lectores auténticos, de aquellos que comparten nuestra fe y sienten en el corazón nuestras palabras. Las sombras tutelares de Iglesias, el apóstol fundador; de Quejido, de Morato, de cien más luchadores generosos, se habrán estremecido, jubilosas, al trepidar por vez primera, en marcha fecunda, la rotativa de su diario.

Ayer y hoy, guía de luchadores y ejemplo de generosidad, línea recta, magnífica, tendida a lo largo de cincuenta y dos años de pelea, sin una claudica-

ción, sin un desmayo. El mismo nervio y la misma sangre—la misma idea—a que el Abuelo consagró su vida, palpita hoy en las páginas de *El Socialista*. Austeridad, tesón, fervor. Normas y enjundia apostolado auténtico.

Saludemos en la nueva máquina un triunfo de todos cuantos al periodismo nos dedicamos, saludamos cada mañana en *El Socialista* la mejor prosa política que se escribe en España.

(De la Prensa de Madrid.)

¿Por qué luchamos?

¿Por la guerra destructiva y arrolladora o por el afianzamiento moral y material de la paz? La respuesta es obvia y está en el ánimo de todos.

Nosotros luchamos por la paz, por la seguridad social constructiva, por una edificación más justa y lógica del pueblo español.

Y si nosotros detentamos la razón de la paz, nuestra misión es poner en juego el concurso eficiente de todos sus resortes para abreviar la victoria, para hacerla menos pesada y más rápida a los esfuerzos heroicos de nuestro pueblo; de lo contrario sería correr en los mismos defectos alevosos y traicioneros de nuestros enemigos.

Pero nosotros lo sabemos y lo saben también nuestros milicianos que luchan en las trincheras. Sabemos y saben que la carne de cañón que los militares extranjeros utilizan es carne hermana nuestra, sangre usurpada de nuestra misma sangre, de nuestra misma conciencia, porque son trabajadores como nosotros. Trabajadores e hijos del pueblo que, engañados y bajo el látigo, se baten hoy contra otros, pero que un día cultivaron los campos a nuestro lado, empuñaron el martillo para forjar las herramientas de trabajo y cogieron la hoz para segar el trigo que nos alimenta.

Hermanos de aquende y allende las fronteras, si nuestro respeto fué mutuo en los momentos de la incipiente explotación capitalista, hoy ha de ser fraterno para ponernos de acuerdo, ganar nuestra común y unirnos para siempre en un indisoluble abrazo. La razón nacional nos asiste. El trabajo es nuestra razón de ser. ¡Guerra para aquellos que lo vilipendieron con sus jornales de hambre, sus despidos humanos y sus crímenes de casta! Ayuda y consuelo para los intelectuales y organizadores sinceros: las agrupaciones obreras, que dieron toda su vida por nuestra defensa, mejoraron nuestra existencia, trocaron nuestra condición de esclavos por la de ciudadanos libres. Con nuestro respeto mutuo y nuestra unión de trabajadores, la causa antifascista mundial está ganada, porque nuestros hermanos internacionales trabajadores son, y, unidos todos, ¿quién será capaz de vencernos? Entre nosotros debe haber más política que la del trabajo, la que preceptúa la disciplina del marxismo.

Cada acción de respeto que tengamos para con el hermano del frente enemigo, es un peldaño que damos al nuevo edificio que nos ha de acoger el ideal humano de la confraternidad universal.

INQUIETUDES

Cualquiera que sea el puesto o cargo directivo donde por mandato de las organizaciones nos hallemos, siempre, siempre debemos sentirnos dominados por la inquietud que produce—en un estado de plena consciencia—la duda de si sabremos cumplir con la misión que se nos confió. El hecho de vernos convertidos en elementos directivos de un organismo sindical o político, no puede ni debe ser aceptado en el sentido simple de dar satisfacción a nuestra vanidad. El cargo obliga, en primer lugar, a aceptar y comprender el sentido de la responsabilidad. Y en este orden, tan pernicioso es el dirigente que reduce su actuación a acudir a las reuniones de Comité, sin aportar ideas ni iniciativas de ninguna clase, como el afiliado que limita su actuación al pago de las cotizaciones. Uno y otro son elementos que dañan a la colectividad. La «actuación pasiva» anula o deforma el espíritu de clase.

Los directivos deben tener por función esencial, no solamente la que corresponde a mejorar la situación material de los trabajadores, sino también la remoción constante de las masas para infiltrar en su espíritu el contenido político-social indispensable para el logro de lo que es común a todo el proletariado: la implantación de un régimen de justicia social.

En todas nuestras organizaciones, orientadas y educadas bajo el signo de nuestro glorioso Partido Socialista Obrero Español, existen los Grupos Sindicales Socialistas, cuya misión fundamental es la de orientar la organización y a los compañeros afiliados en lo que son ideas básicas del Socialismo. Y en este aspecto no resulta nada jactancioso exponer que cuanto es y cuanto ha significado y representa el proletariado español en la vida política española, ha sido por la orientación que siempre supieron darnos nuestros órganos superiores. Y estas enseñanzas son las que todos debemos esforzarnos en hacer llegar a cuantos, por convicción o por la fuerza de las circunstancias, vienen a enrolarse en nuestros cuadros sindicales. A unos, para evitar que un mal entendido concepto de las cosas les conduzca a un extravío que haga imposible, después, el enderezamiento de una línea trazada con error. Y a otros, para llevar a su ánimo el convencimiento de que hay algo infinitamente superior a un bien egoísta y personal: la función encaminada a la consecución del bien colectivo.

El Partido Socialista Obrero Español no necesita presentación. Su historia, cuajada de sacrificios, le hacen acreedor al respeto máximo. No ha tratado de cotizar una actuación pasada. En todos los momentos de la vida política española—desde su creación—, nuestro glorioso Partido ha dado cuan-

to ha sido preciso a la causa de los trabajadores y de la Libertad. Y puede decirse que gracias a su especial e inigualado sentido de la realidad no se ve hoy España bajo el dominio de una política de tiranía brutal. Esto, que parece haber sido olvidado por alguien que aprovechando los actuales momentos de lucha, tratan de anular o al menos menoscabar lo que por derecho propio y por justicia nos corresponde, debe ser rectificado con energía, con urgencia y con actividad por los Grupos Sindicales Socialistas.

Precisa, pues, salir a la palestra por los fueros de nuestro Partido. Nosotros hemos preferido siempre la calidad a la cantidad, y, a pesar de ello, nuestro Partido tiene cantidad y calidad. Mas, si fuese preciso, «cantidad», con preferencia, para justificar una capacidad a la que el número nada dice, también la tendremos, por añadidura. Todo, menos que nadie pueda suponer que nuestro Partido había de ser superado fácilmente.

El Grupo Sindical Socialista de Seguros, al dar a la publicidad este número de su Boletín, dedica un recuerdo emocionado a todos los camaradas caídos en los frentes de lucha.

De igual forma, afirma su solidaridad y su cariño hacia los compañeros que defienden actualmente la causa de la Libertad y de los trabajadores.

ANTONIO PASTOR

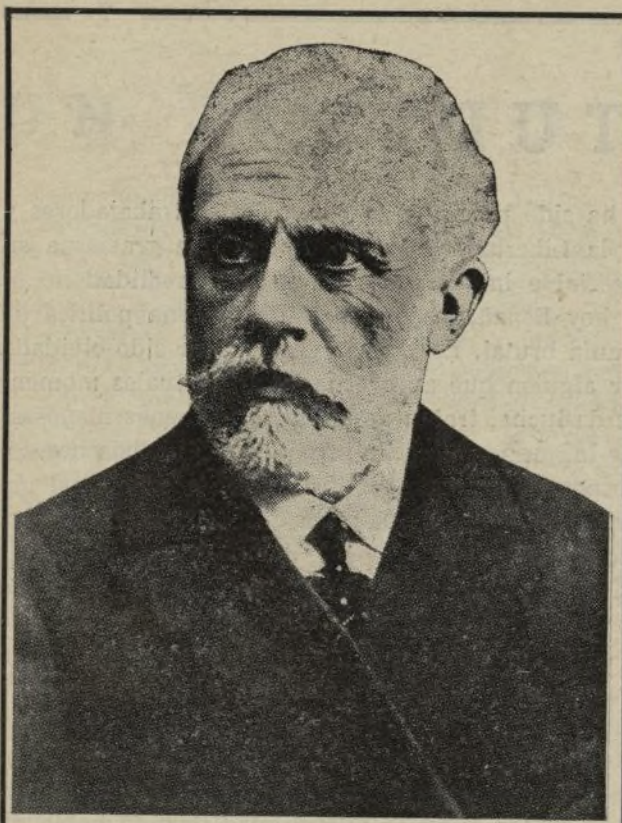
Un socialista más, un héroe más ha venido a engrosar la ya incontable lista de nuestros valores positivos caídos, inmolados, defendiendo la causa más justa, más noble por que se puede luchar.

Antonio Pastor ha muerto, y ha muerto en uno de los frentes de Madrid, defendiendo nuestra ciudad, la ciudad heroica por todos conceptos que no repara en dar sus hombres más sanos y más puros en holocausto a la Libertad.

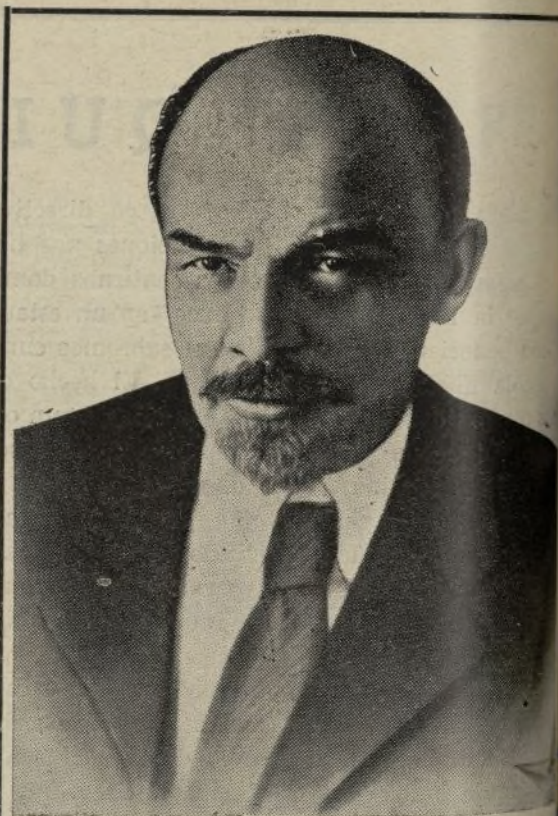
Muchos son ya, muchos, pero no por eso se ha encallecido nuestro corazón, y aunque con entereza, ya que a las adversidades hay que mirarlas de frente, no por eso ante nuevas pérdidas como la de Antonio Pastor dejamos de sentir en todo lo que vale la pérdida sufrida: como compañero y como socialista.

Vaya a su familia el testimonio de nuestra más sincera condolencia y sepa, siquiera sea por estas breves líneas, que su dolor igualmente nos embarga.

REHYMA.—Antonio Grilo, 9.—Teléfono 16889



PABLO IGLESIAS



LENIN

**¡TODOS PARA LA GUERRA!
¡LA GUERRA PARA TODOS!
ASI LA VICTORIA SERA UN HECHO EN
/ / / UN PLAZO INMEDIATO / / /**

